

El Motín

AÑO XIX NÚM. 20

REDACCION Y ADMINISTRACION, RUIZ, 4, BAJO

19 MAYO DE 1900

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas. Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. —Número suelto, 10 céntimos. —Agrupado, 25. —Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

LO DE LOS SELLOS

Puertollano.—Manuel Duarte. Como yo quiero también llevar mi granito de arena á lo de los sellos, puede aplicar las 5 pesetas que le envío para dicho objeto.

Santa Cruz del Retamar.—Esteban Solana 13 pesetas.

Villanueva de los Infantes.—Julían Santos. Para los sellos 2 pesetas.

Valencia.—Emilio Benloch. Ahí van 4 pesetas para eso de los sellos.

Collado Villalba.—Cirilo Serrano. Envía 3 pesetas.

Posoblanco.—Ahí le remitimos una libranza de 5 pesetas: 2'50 de Bartolomé Escribano y otras 2'50 de Lorenzo Molina.

Barcelona.—Pascual Gil. Para esta idea feliz como suya, otro sería mi desprendimiento si mis recursos fueran sólo comparables á los de los ministros: 2 pesetas.

Jáen.—Manuel Mediano. Entregó 5 pesetas.

Crevillente. Ignacio Pastor. 5 pesetas.

Madrid.—Calixto Elizondo. 5 pesetas.

LA UNIÓN

SU INUTILIDAD

Ya está casi pactada y quizás se pacte del todo. ¿Y qué?

Por virtud de ella ¿van los de la fusión á derrochar los arranques que supieron comprimir cuando las Colonias se perdieron? ¿Van los progresistas á moverse ahora revolucionariamente cuando, no lo hicieron entonces? ¿Van los de la Concentración, que se fueron con Castelar porque representaba la negación revolucionaria, á desmentir sus afirmaciones?

El hecho de estar unidos los que nada hicieron nunca para responder á las aspiraciones del pueblo, ¿puede influir en el ánimo de todos para impulsarlos hacia adelante?

La unión, se dice, constituye la fuerza. No siempre. Cien liebres reunidas serán siempre... cien liebres. Cada ser responde fatalmente á las exigencias de su organización. Y que los mangoneadores perpétuos del partido no están organizados para la lucha revolucionaria, 25 años de restauración lo abonan. Y si yo me equivocaré, y lo estuvieran, habría que juzgarlos con más dureza aún. Pudiéndolo hacer todo, nada han hecho.

Aparte de esto ¿por qué se llama Unión á lo que es aglomeración solamente? Y de que lo es, las declaraciones de los progresistas lo dicen; se unen, pero creyéndose los verdaderos zaragozanos revolucionarios, y reservándose su programa y sus soluciones.

De todo lo cual resulta, que esta Unión para nada práctico servirá.

DEMOSTRACIÓN

Y voy á probar que no se pactará la Unión para los fines que los republicanos desean.

Los progresistas, que á última hora se han sentido partidarios de la Unión siendo así que hace pocos días la rechazaban, no renuncian á nada de lo que constituye su programa, por creerlo el más radical. Y á pesar de esto, se les acepta.

El señor Pi, en nombre de su partido, ha declarado no una, sino muchas veces, que se uniría á los demás republicanos para traer la República, sin dejar por esto de ser federal; es decir, que se encuentra en el mismo caso que los progresistas. Y, sin embargo, con el señor Pi no se han entendido.

¿Qué demuestra esto? Que lo principal es aparecer unidos para que todo siga como está, y tomar, cuando llegue el caso, parte en las elecciones. Si se tratara de lo otro, de trabajar en el terreno adecuado (por qué no se habrían entendido con el señor Pi, aunque siguiera predicando las doctrinas federales? ¿No se deja en libertad á los progresistas de predicar las suyas?)

LO QUE NO SE COMPRENDE

La conducta de nuestros diputados venía á justificar el retraimiento en que el partido progresista se encontraba, pues podía decir, y con razón, que la lucha legal sólo sirve para poner á los republicanos en ridículo.

Claro que la actitud revolucionaria, sin actos que la corroborasen, era ridícula también; pero, al fin y al cabo, permitía á los entusiastas formarse toda suer-

te de ilusiones en cuanto á la proximidad de un movimiento terrible que diera al traste con la monarquía española, y hasta con la portuguesa.

Pues bien; en una situación así, y cuando hasta los más decididos partidarios de la lucha legal dicen ya que es nula en absoluto para conseguir lo que pretendemos, salen los progresistas transigiendo con ella, y pronuncian, para justificar su cambio inesperado, discursos en que la palabra *gubernamental* se desliza en cada período.

Que no lo entiendo, vamos.

Y á propósito de esa palabra. Ninguna, de las muchísimas vacías de sentido que hemos inventado en 25 años para no hacer nada y para dividir, ha tenido la suerte que esa. Todos nuestros oradores la utilizan para salir de los malos pasos saben por dónde salir.

Aun cuando se comprende bien: es una palabra que sirve de puente para pasar desde la orilla de la revolución á la del orden. ¡Y son ya tan pocos los que permanecen en la primera orilla!

Además, esa palabra tiene una ventaja: cubre con su manto protector deficiencias de pensamiento y de conducta.

Por eso está en moda.

CÁLCULO POSIBLE

Al preguntarle yo á un progresista, que concesiones habían hecho los demás partidos para que el suyo hubiera renunciado á lo único que disculpaba su existencia, el procedimiento revolucionario, me respondió: «El reconocer, aunque tímido, que la República sólo puede venir por un hecho de fuerza.»

Gran valor cívico han necesitado, efectivamente, los republicanos aludidos, para reconocer eso, ¡que no niegan ni los propios conservadores.

De modo que, á cambio de un reconocimiento que para nada influye en la marcha del partido republicano, puesto que en las pasadas uniones ya existía, el partido progresista ha aceptado unas bases en que se consigna la lucha legal, contra la que tanto ha tronado.

¿Es que se desea ir á los municipios, las diputaciones provinciales y el Congreso, ó que se ha aprovechado la ocasión para descargar en los demás el peso de una estéril campaña revolucionaria?

En este último caso, habría que convenir en que el único que había obrado hábilmente, y salido ganancioso con la Unión, era el partido progresista.

ESPERANZAS

Se dice que estando unidos podremos sumar elementos valiosos. Lo niego. Los únicos que pudieran sernos útiles, no quieren oír hablar siquiera de los hombres de primera fila del republicanismo. Hasta hay quien dice que no habrá República en España mientras ellos vivan ó influyan.

Y como la Unión va á pactarse sin unir las voluntades, ni rectificar valientemente la línea de conducta, ni hacer afirmaciones que permitan esperar un cambio completo en la manera de ser del partido republicano, esos elementos se apartarán de nosotros cada día más. Y si llegara un momento en que creyesen que su deber de patriotas les indicaba determinados derroteros, lo harían sin contar para nada con hombres llenos de preocupaciones y de escrúpulos indignos de quienes aspiran á levantar á España de su postración.

Y harían perfectísimamente bien; que mucho mejor fué siempre intentar empresas de esta índole solos, que mal acompañados.

CANDIDECES

«Pero es que ahora vamos á hacer algo», me dirán los buenos creyentes. Y yo les pregunto:

¿Cómo y con quién? Para todos los negocios y actos de la vida, búscanse personas idóneas. Y los señores que van á dirigir la Unión han demostrado en 25 años, que no entienden una palabra de lo que hizo Martínez Campos en Sagunto, y que además no les tira el oficio.

Creo que se guardarían muy bien de darse por ofendidos, si alguien les negase competencia y voluntad para traer la República de otra manera que á discurso limpio; procedimiento que no dudo pudiera producir resultado, pero un poquito tarde, allí para el año de gracia de 2509. ¡Y estamos en el 1900!

Y como, ó yo estoy equivocado, ó la cosa urge un poquito, creo que no debemos aguardar tanto. Podríamos morirnos antes.

ELECCIONES

¿Qué desengaño van á llevar los que pacten la Unión, si creen que el pueblo va á concurrir á ellas en cuanto se lo ordenen!

No digo que en algún punto, por intereses de localidad más que por conveniencia política, no acuda el pueblo á votar concejales.

¿Pero á las elecciones de diputados á Cortes? De seguro que no va en ningún distrito. ¿Para qué? ¿Para que unos cuantos señores vengán al Congreso á quedar por bajo de los Romero Robledos, los Canalejas y los Mauras, en asuntos donde se juega la honra, la vida y el porvenir de España?

Ha sido el desencanto muy gordo, para que ningún republicano que en algo se estime contribuya á que vuelva al Congreso ninguno de los señores que han estado durante las dos últimas legislaturas. Ni otros tampoco.

Aparte de que no es posible que haya todavía republicanos capaces de creer en la eficacia de los discursos para traer la República, cuando ni siquiera sirven ya para quebrantar la monarquía.

El tiempo de los oradores ha pasado. Se les admira como artistas, pero no se les hace caso como políticos.

CAMBIAR DE PELUCA

He aquí lo que se hará al pactar la Unión por los procedimientos y con los propósitos antiguos.

El que usa ese chisme asqueroso, únicamente logra engañarse á sí mismo; pero nosotros ni aun eso logramos, porque cada cual tenemos el convencimiento de que el nombre no hace á la cosa, y que nacia muerta una Unión pactada para mantener al frente del organismo que se forme á los hombres que pactaron, desacreditaron y disolvieron tantas uniones, fusiones y coaliciones.

A los republicanos que entren en ella, y mañana se quejen, habrá que decirles lo que el paleta del cuento dijo al oír al predicador que Cristo había sido preso en el huerto: «¿Para qué ha ido, si ya sabía que le había de suceder lo que el año pasado?»

Se necesita efectivamente sobre candidez ó falta de memoria, para no advertir ni recordar que la unión de hoy es exactamente igual á las anteriores, y que entrando en ella los mismos hombres sin haber rectificado fundamentalmente su criterio, nada cabe esperar.

El hecho de estar aglomerados, (ellos dicen unidos), nos perjudicará á la larga en vez de favorecerlos. Separados, tenía alguna disculpa nuestra inacción para los que no estaban en el secreto. Unidos sin hacer nada, quedaremos victoriosos de impotencia.

LA REALIDAD

Los que más desconfían de la Unión son los mismos que van á pactarla. Muy pocos, en el terreno confidencial, se atreven á decir que esperan algo de ella.

Y se da el caso de que algunos declaren ya en público, que han seguido la corriente por temor á que se les acuse de entorpecer la unión; pero que ni están dispuestos á acudir á las urnas el día que se les ordene, ni dejarán de ayudar á todo el que vaya por el verdadero camino.

Hay más todavía. Esta es una Unión que no han tomado en serio los republicanos. Fuera de los que en ella han intervenido, á los demás ni nos ha enfriado ni calentado.

«Que se hace... Que no se hace... Que si se reúnen... Que si están para entenderse... Que si ya se han entendido...»

Todo esto ha venido diciéndose desde hace unos meses, sin lograr que la masa de republicanos se interesase. Parecía que era de otra parroquia.

Y es que, después de pasar por tanto y tanto desastre sin tomar una actitud enérgica; de estar la minoría republicana frente á los monárquicos en el Congreso, sin que una voz severa y valiente saliera de su seno acusándolos en nombre de la patria; y de haber sabido guardar prudencia en los momentos que debió imponerse la indignación, después de haber ocurrido todo esto, la Unión esa llega tarde.

Solamente habríase impuesto á todos, despertando á los dormidos, espoleando á los indiferentes y congregando á los apartados, de esta otra manera: lanzando, para honrarla con los actos, la única palabra que encuentra eco en el pueblo, en vez de venirse con bases discutibles y programas anodinos; rompiendo con el pasado en cuanto significa poquedad de ánimo, inseguridad de propósito, apartamiento de la acción; manifestándose, en fin, arrepentidos sus hombres y dispuestos á no incurrir en las faltas pasadas.

Pero ¿á quién, que piense un poco, ha de interesarle una Unión que en nada se diferencia de las fracasadas, y menos

habiendo sido pactada por los de siempre? ¿Quién no recordará, cuando se presenten ponderándonos sus excelencias, esto de una popular zarzuela?

—Yo soy la tiple

yo soy *Luchita*.

—Tú eres la misma del otro día.

CONFIRMACIÓN DE ESO

De Cataluña, Valencia, Galicia, Andalucía, Aragón, Extremadura, y otras regiones más, no han venido representante á la Asamblea de fusión. Han delegado en republicanos de Madrid.

Otras veces, y en instantes menos angustiosos para la patria, han acudido en cuanto se les ha llamado.

Esto es más significativo y elocuente que todo cuanto he dicho.

¡ADIÓS MI DINERO!

Escrito lo anterior, leo que la Concentración democrática no entra ya en la Unión. ¡Se ha asustado de lo que se dice en el programa sobre las relaciones entre el Estado y la Iglesia!

¿Qué lástima de tiempo el perdido en escribir todo eso! No lo retiro, porque es la hora de cerrar el número, y no hay tiempo para sustituirlo con otro trabajo.

Quedamos, pues, en que la Unión queda reducida á aliarse Salmerón y los suyos, Muro y los suyos, y Esquerdo y los suyos, como estaban antes de separarse el año 89, cuando el marqués de Santa Marta inició y llevó á cabo la coalición.

¿Cuánto tejer y destejer, para venir á confesar, *¡d los once años!*, que las ambiciones personales, *causa de todas las disidencias*, han impedido avanzar por el camino del triunfo al gran partido republicano!

¡Y cuanto ir y venir, y cuanto charlar en vano, y cuanta base escrita, y cuanto programa discutido, para que, á fin de esta semana, queden tres fracciones en el campo republicano, todas incapaces para la acción, sia prestigio en las masas, y sin medios para decirle al pueblo: «Levántate y vamos adelante!»

Aprovecho este motivo para mandar la expresión más viva de mi desprecio, á todos los mentecatos que me han censurado cobardemente porque preví, vi, y combatí con tantos años de anticipación todo eso.

José NAKENS

UNA PESADILLA

Si no lo dijo Hipócrates, debió decirlo: no conviene cenar perdices. He aquí un consejo higiénico, que estoy seguro ha de seguir al pie de la letra la inmensa mayoría de los españoles.

Por no haber observado tan sabia máxima, pasó don Ciriaco la otra noche un rato muy malo. Había cenado una perdiz y los tres cuartos de otra, dejando á su ama el cuarto restante, que así entiendo él aquello de *García del Castañar*: «para dos perdices, dos». Había regado las sabrosas cuanto indigestas aves con sendos tragos de lo añejo. Después de lo cual, y hechas sus ordinarias devociones, se entregó tranquilamente al reposo.

Y cátese que lo primero con que don Ciriaco tropezó al dormirse fué... ¡No sean ustedes maliciosos! Don Ciriaco al dormirse no tropezó, ó más bien, no imaginó tropezar con otra cosa, sino con el propio y auténtico Andresillo, su antiguo vecino y feligrés, un liberalito sacrificado por orden suya durante la última guerra civil. ¡Bendito Dios! En lo que menos pensaba don Ciriaco era en el tal sujeto. Veinticinco años hacía que le despachó al otro barrio, y en todo ese tiempo ni una sola vez se había acordado del pobre chico. De donde cabe inferir que no fué la conciencia pletórica de remordimientos, sino el estómago cargado de perdiz, lo que tan á deshora trajo á su mente aquel recuerdo.

Bien seguro estaba don Ciriaco de que Andresillo ardía en los infiernos. ¡Como que había muerto sin confesión ni recomendación del alma, en pleno pecado de liberalismo, más horrendo mil veces, según es sabido, que los de robo, incendio, estupro, adulterio, incesto, asesinato y parricidio! La cosa pasó de esta manera. Oficiaba don Ciriaco por entonces de cura trabucaire, matando á los hombres al grito ¡viva Dios! Vió de lejos á Andresillo caminando á través de un malzal. Llamóle y le interrogó. La actitud del muchacho le hizo sospechar que llevaba una parte del alcalde del pueblo para el jefe de las fuerzas liberales. Registraron al chico y encontraron el papel. Tentaciones tuvo don Ciriaco de enviar aquella criatura á la eternidad en pecado mortal para que allí purgara su delito liberalesco en los tormentos perdurables. El espíritu cristiano ó el deber profesional pudieron más en su alma que la justa indignación, y brindó al reco con los auxilios espirituales. Negóse Andresillo á recibir la absolución de la misma mano que le daba la muerte, y en vez de agradecer al sacerdote la buena intención, púsole cual no

digan dueñas. Cuatro balas le hicieron enmudecer, muriendo así en la impenitencia final.

Con tales antecedentes, á nadie extrañará el sobresalto que se apoderó de don Ciriaco al topar inopinadamente con el réprobo. Imaginándose dar un paso atrás dió un respingo en la cama, y haciendo repetidas veces la señal de la cruz, balbuceó:

—En nombre de Dios te conjuro; ¿qué quieres? ¿A qué vienes?

Que es, como nadie ignora, la fórmula sacramental en lances semejantes.

Callaba Andrés, y miraba fijamente á su matador, como gozándose en su turbación y azoramiento. Pero buen muchacho en el fondo, á pesar de su liberalismo, apiadose del terror del clérigo, y díjole con su desenfado habitual:

—No vengo á nada malo, don Ciriaco. He querido aprovechar la libertad de que gozo para dar una vueltecita por este pícaro mundo.

—¿Pues no estás en el infierno?

—Ya no hay infierno, don Ciriaco.

—¿Cómo que no?

—Cabal; no hay infierno, porque no hay demonio.

—¿Que demonios estás ahí diciendo?

—Lo que usted oye.

—Según veo, sigues tan hereje después de muerto como en vida.

—No son herejes; es la pura verdad. Verá usted lo que ha sucedido. Usted debe saber que la misericordia de Dios es infinita.

—Sí, sí—murmuró don Ciriaco malhumorado.

—Pues Dios, en su infinita misericordia, ha tenido piedad del demonio y le ha otorgado su perdón.

—¡Imposible!

—Ahora sí que me parece que está usted blasfemando, *pae cura*. ¿Es que hay imposibles para Dios?

—¡Mientes como un bellaco!

—En consecuencia, el angel malo se ha trocado en angel bueno, y en este momento forma parte de los coros celestes que celebran la gloria del Eterno.

—Tú estás borracho, granuja.

—Como no hay demonio, no hay infierno. Todos los condenados hemos aprovechado la gracia divina, un indulto completo, total; no como otros que suelen otorgarse sobre la tierra. Dios no regatea la piedad.

—Tú estás demente, Andrés.

—Viéndonos libres, cada uno ha tomado por su lado. Unos se fueron derechos al Paraíso. Otros hemos querido dar antes un paseito por los lugares que habitamos en vida, y visitar á los parientes y amigos. ¡Y como usted tiene tantos títulos á mi amistad!...

—¡Llévete el diablo!—rugió don Ciriaco hecho un basilisco.

—Pero, don Ciriaco, ¡si ya no le hay!—exclamó con sorna el tuno de Andresillo. Y riendo á carcajadas se desvaneció en el aire.

Quedó don Ciriaco confuso y atónito. ¡Había mentido aquel pillastre? Pero su aparición y desaparición milagrosa daban claro indicio de su esencia sobrenatural. Además, la cosa en sí no era imposible. ¡No es Dios omnipotente? ¡No es infinitamente misericordioso? Bien podía ser que, juzgando bastante la expiación, hubiese perdonado al diablo.

¡Luego no había infierno! ¿A dónde, entonces, iban á parar los liberales después de muertos? ¿Tendría él, un ungido, que codearse en el cielo con los masones? ¿Alcanzarían los herejes, al igual que los verdaderos creyentes, la bienaventuranza eterna? Mucho siento revelar esta impiedad, mas es lo cierto que don Ciriaco no pudo menos de censurar duramente, allá en el fondo de su alma, lo que él llamaba una debilidad del Altísimo.

Luego se apoderó de su ánimo un terror pánico, y un estremecimiento convulsivo recorrió su robusto cuerpo de los talones al cogete. Acababa de asaltarle una idea tremenda. Si no había infierno, tampoco había purgatorio. Pedro Botero no podía ser de peor condición que Satanás. Los condenados por tiempo no habían de sufrir la pena, mientras eran absueltos los condenados para siempre. Semejante anomalía hubiera sido impropia de la justicia divina. Pues sin purgatorio, ¡adiós cepillo de las ánimas! ¡Adiós misas por los fallecidos! ¡Adiós sufragios por los difuntos! ¡Adiós redención de los pecados, y por ende adiós cura de almas! Don Ciriaco se contempló por anticipado cavando la tierra y cenando, en vez de perdices, unas tristes migas.

Tales resoplos daba en su congoja, que el ama hubo de llamarle solícita:

—¿Qué tienes, Ciriaco? ¿Qué te pasa? ¿Por qué soplas de esa manera!

—Calla, mujer—exclamó don Ciriaco despertando sobresaltado.—¡Si he soñado la cosa más rara! ¿Qué atrocidad! ¿Pues no estaba ahora mismo pidiendo á Dios la restauración del infierno?

ALFREDO CALDERÓN

Publico el siguiente artículo, que me ha enviado un escritor que ve muy claro, y que, como dicen los periodistas cursis, bebe en buenas fuentes. Haciendo una sola salvada; la de que no estoy conforme con él en lo de que el pueblo español no tenga redención. Cada día es mayor mi confianza en que responderá á lo que de él se espera.

Lo he dicho de palabra, y lo escribo ahora; que Dios (empleo esta frase hecha, por

no buscar otra) lo libre á uno de un marido que se arranca, después de haber pasado por todo. Su golpe es seguro.

Y algo de eso pasará con el pueblo español. Ha exagerado la paciencia; merece que se le aplique el nombre que tiene el marido de la cabra; pero ¡ay de los que pille por delante el día que diga ¡allá voy! Exagerará su arranque, como ha exagerado su paciencia. El artículo es éste:

ECLIPSE TOTAL

España no tiene salvación posible. No hay forma de construir edificio alguno con barro infecto. El centro directivo del imperio absoluto de los jesuitas sobre las ruinas del mundo latino, ha realizado su obra en España. El P. Martín y los elementos negros del *Sacro Colegio*, y con ellos, el carlismo, triunfan en toda la línea.

El paganismo con su repugnante idolatría, y los escribas y fariseos cambiando de formas y de ropas, son los amos del país; y el clero parroquial, lo mismo el que obedece al gobierno, que la parte que desvergonzadamente se llama *carlista* y *cobro*, una y otro alternando en su mayoría, ese clero es despreciado y pisoteado por los leales, dominicos, agustinos, franciscanos, y las mil comunidades cuyo número asusta, lo mismo el de los holgazanes varones, que el de las innumerables hermanas encerradas y callejeras.

Los obispos, arzobispos y cardenales, declarándose unos, con osadía inconcebible, carlistas, y todos los demás siguiendo sus aguas en virtud de la máxima, para ellos sacrosanta, de *el fin justifica los medios*, adulan y engañan á las instituciones y á los gobiernos.

Han invadido la prensa, los Ateneos, las Universidades, las Academias; son dueños de la *Trasatlántica* y de todas las grandes empresas, y multitud de *jesuitas laicos* son grandes figuras en el partido republicano, en el partido liberal, en el partido conservador, (tal vez hay más, y más terribles, en el liberal que en el conservador) y en el partido socialista, dirigiendo los *Centros Católicos de obreros*. Son dueños además de todas las familias ricas, en cuyas casas entran y mangonean por medio del púlpito y del confesionario.

Amos de la instrucción, matan las inteligencias con el latín y las lenguas muertas, y salen de sus *colegios* y *universidades* carlistas protegidos por los gobiernos, promociones y más promociones de niños memorietas, que no siguen más rumbo que los de la frailetería, ni saben nada de nada, con un barniz de suficiencia que los hace, más que antipáticos, odiosos. En Vizcaya y en Barcelona son separatistas.

Dueños de todos los centros de riqueza, sus fortunas son colosales, y ya—dicen ellos—les hacen crear, con las fórmulas del *Sagrado Corazón de Jesús* y la *Corte de María*, más conventos fortalezas de los que necesitan; y ya les abruma las solicitudes que reciben de ingreso en las filas de los conventos y en las comunidades, sobre todo de monjas callejeras, á las que llama un jesuita, *Teresa de Jesús de café cantante*.

Las herencias de fortunas colosales, las señorías encantadoras con valiosísimos dotes—que tienen ingreso en los conventos del *Sagrado Corazón*, es decir, de los jesuitas—hace ya fatigosa su administración, pues cuenta al año con un ingreso superior al del PRESUPUESTO DE INGRESOS DEL ESTADO. Hasta es moda ser jesuita.

Dueños de TODO, les faltaba sólo dar la batalla—y encontrando dificultades insuperables en el Ejército, empezaron por desorganizar los partidos políticos; y un anarquista mató á Cánovas; y al liberal lo echó abajo una disidencia. Buscaron en el Papa el medio de que los integristas, (que para ser fingido año la división entre *tradicionalistas* e *integristas*), entraran en el Gobierno, al precio de que León XIII publicara un documento favorable á la monarquía constitucional, pero dando al carlismo libertad de partido legal, para que pudiera reunirse, banquetear y hacer propaganda públicamente.

Con el separatismo en Vizcaya y en Cataluña buscaron nuevas fuentes de disturbios y escándalos, y por fin los presupuestos les han servido para que tres caballeros, *carlistas conscientes* ó *inconscientes*, Paraiso, Costa y Alba, detrás de los cuales ha ido una multitud de comerciantes e industriales, (de los cuales haremos el análisis en otro artículo), atraídos por el cebo de no pagar, ó pagar menos, sin que nadie se haya fijado en el programa *carlista*, que también analizaremos, han creado como base del ejército revolucionario *tradicionalista*, la *Unión Nacional*, semejante á la *Liga de Patriotas* orleanista de Francia, inferiorísima la *Unión* á la *Liga*, como lo son Alba, Costa y Paraiso, á Deroulele, Drumont y Rochefort.

La prensa casi toda les hace coro, y raro es el diario ni semanario español que, por tener jesuitas en sus empresas y redacciones, ó por no querer sacrificar ni una suscripción á la luz y al progreso, publique una sola línea que ataque, tirando á dar, ni á los jesuitas, ni á nada que sea cuestión de frailes ó de monjas.

En el programa de ningún partido figura nada en tal sentido.

La Monarquía Constitucional está en manos de todo eso, con el 65 por 100 de los españoles sin saber leer ni escribir.

Se sostiene y no la sustituye don Carlos, por la fuerza del tiempo, quizá por algunas rachas de aire más puro que viene de pueblos civilizados, y porque al Ejército no le conviene, ni por razón de vergüenza, ni por razón de conveniencia, el advenimiento de las hordas carlistas.

Por más que algunas gentes, pocas, que conocen todo eso, gritan, lo realizan en el desierto. Prensa, políticos, todo el mundo es jesuita ó hace la causa de Loyola. Y lo peor es que no se ve ni una sola luz en el horizonte.

Nada parecido á Carlos III, ni á Floridablanca, ni al conde de Aranda, ni á Jovellanos, ni á Mendizábal, ni á Rivero, ni á Moyano, ni á Prim, ni á O'Donnell, ni á San Luis, ni á Narváez. Con estos últimos siquiera no hubo esos ejércitos de frailes y monjas.

Y lo más indigno es, que quienes son los dueños de diecisiete millones de ciegos españoles, son unos *primes* ignorantes.

Los jesuitas que saben algo, los que dominan en la *Compañía* son los ingleses, (los de Jersey sobre todo), los cuales educaron á Jaime, el hijo de don Carlos. Por eso sus satélites en España tiran al degüello al Ejército y á la Marina. Facilitan el camino á don Carlos, pero con la intención de que Inglaterra no robe las Baleares y las Canarias y Ceuta.

Es decir, la ignorancia crasa y supina vestida de máscaras negras, ó con hábitos pijoños, nos arruina, nos embrutece, nos entrega indefensos al absolutismo más abominable, y justifica las frases célebres de O'Donnell y Alejandro Dumas: *España es un presidio sueño.*

El Africa empieza en los Pirineos.

HOMBRES QUE ADMIRO

Podrá negarse, en ciertos momentos en que el pesimismo perturba la razón, que en los hombres del partido republicano que bullen y se exhiben la abnegación escasea. Pero cuando se juzga imparcialmente, fuerza es reconocer que abundan los que no se detienen ante ningún género de sacrificios para sacar á flote sus ideales.

Ahora mismo, con motivo de la reunión de las Asambleas de las distintas fracciones republicanas, puede admirarse la abnegación de los que, á la voz imperiosa del deber político, abandonan contentos familia, ocupaciones y comodidades, para correr desalados á constituirse en sesión, y pronunciar el discurso que tienen archivado, nutrido de lugares comunes y pronunciado con la energía de las pequeñeces arraigadas.

¡Oh, cívicos varones! Yo os admiro, al par que envido esa facilidad con que defendéis, los unos la conveniencia de ir á las elecciones después de haberos llevado años y años predicando *feroceamente* el retraimiento, los otros la necesidad de que figure en un papel (y sólo en un papel) el procedimiento revolucionario, después de haber creado y sostenido cuatro ó seis disidencias por combatirlo.

Y os admiro tanto más cuanto que me sería imposible imitarlos. Se necesita tener una fe de la que traslada montañas y una paciencia de marido conforme, para venir desde apartados rincones á oír la canción eterna: «Nuestro glorioso partido... Nuestros salvadores ideales... La República está en puerta»..., con todos los centenares de frases hechas que constituyen nuestro repertorio cursi.

Y yo, lo confieso sin jactancia, ni tengo esa paciencia ni siento esa fe.

1874-1900

Hoy, después de 26 años transcurridos, aún recuerda con horror el pueblo de Bilbao el terrible y devastador bombardeo que las criminales hordas carlistas verificaron contra la villa invicta.

Aquel salvajismo de que dieron mil pruebas los feroces sitiadores de nuestro pueblo querido, lo conservan todavía los carlistas en la masa de la sangre. Nada hay para ellos respetable, sino el Trono y el Altar. Pero advirtiéndole que el trono ha de ocuparlo su vicioso Señor, y el altar ha de estar bendecido por Santa Cruz, Pílix y otro ensotado tan bandido como éstos.

Para que se vea hasta qué punto llegó el encono y el furor de destrucción de los carlistas que sitiaron á Bilbao, publicamos un resumen del número de proyectiles que arrojaron sobre la villa en el tiempo que duró el bombardeo (21 de Febrero á 2 de Mayo).

Bombas.	5.369
Balas.	1.307
Granadas.	107
Metralia.	2

Total. 6.785

Para lanzar el número de proyectiles que se expresa, se necesitaron próximamente unas 280 toneladas de hierro y unas 40 de pólvora.

El número de bombas reventadas en el casco de la población se puede regular en un 60 por 100 de las arrojadas, y en un 8 las que estallaron al aire.

Las pérdidas que Bilbao sufrió en sus edificios no bajaron de 30 millones de reales. Y á esta enorme pérdida material hay que agregar los muchos millones que costó al comercio, á la industria, á la navegación, á las empresas de toda índole la total paralización de los negocios, y añadir además la triste cifra, la dolorosa é irreparable cantidad de muertos á consecuencia de heridas causadas por los proyectiles enemigos.

Militares, 25; movilizados, 11; milicianos nacionales, 5; paisanos, 53; voluntarios de la República, 2; total, 96.

El número de heridos se aproximó al triple del que figura en las defunciones.

Todos estos datos, y otros muchos que podrían aportar, deben tenerlos siempre presentes los liberales y los bilbaínos para recordárselos en todo tiempo á cualquier secretario del *Chupa* que defienda un partido de bandidos y caualias, y tache de herejes á los liberales, ó diga con Sordá y Pío IX que el liberalismo es pecado.

El pecado es el que vosotros cometeis destruyendo una población rica y floreciente, ¡qué una, cientos!, llevando la desolación y la muerte allá donde posabais vuestras plantas, asesinando en nombre de Dios á los hombres, y cometiendo toda clase de tropelías, robos, etc., en tanto decís que vuestro objeto era traer el orden á España derrocando la demagogia, el descreimiento y el caos.

¡Y que aún os atreváis á presentaros como solución para salvar á España! ¿Vosotros solución? Si, la solución de la muerte, del envilecimiento.

SABINO DE JAUNCUNY

Bilbao.

ESPIONAJE IGNACIANO

Los alumnos de los *colegios* son otras tantas vías de información. De la correspondencia de los colegiales sacan

los datos más precisos é íntimos de las familias: casamientos, bautizos, defunciones, carácter de los individuos: ellos saben el nombre y genio de varones y hembras, sus talentos, sus dotes, sus condiciones y costumbres, gustos y aficiones. Ellos saben dirigirles á un plan conveniente: conocen el secreto para exterminar insensiblemente una familia y buscar la ocasión más favorable para ello.

¿Es esto exageración? Ruego al que diga que exagero, que mire á su alrededor, y vea si conoce las relaciones de los jesuitas con casas pudientes. ¿Cuántas generaciones han durado esas familias, cuyos casamientos, vida matrimonial y educación de los hijos han dirigido los ignacianos? Pero éste no es lugar de ofrecer tales datos estadísticos, que vendrán más tarde.

Otro ministerio ordinario del Instituto, son las Congregaciones Marianas ó Luisianas.

Cala congregante es un espía inconsciente. Ha de hablar particularmente de este punto, porque nadie se ha parado, que yo sepa, á estudiarlo bajo este aspecto. En Barcelona la Congregación tenía en 1886 ciento setenta y cinco individuos. En 1799, contaba ya mil doscientos ochenta.

Entre esos congregantes, hay individuos que pertenecen á lo más selecto de la sociedad: nobleza, clero, milicia, magistratura. Una universidad, carreras profesionales, industria, comercio, banca y periodismo. Son jóvenes de dieciséis á treinta años, por regla general, intruidos, educados en la buena sociedad y todos influyentes por sus cargos posición ó talentos. Véase ahora si hay imperio en el mundo que pueda presentar un servicio policiaco capaz de competir con esa policía jesuitica.

Estad seguro: cada congregante es un espía involuntario. No hay novedad, en su familia ó en las de sus relacionados, que no lo cuente á otro congregante, al prefecto ó al director.

La Congregación está dividida en 17 secciones, que podríamos llamar brigadas. A donde no puede llegar el jesuita, llega el congregante, y allí está el ojo del general del Instituto.

El director tiene obligación de pasar al rector trimestralmente el parte ordinario para pasarlo al general: cuando ocurre algo extraordinario debe comunicarlo al centro directamente, sin que el rector ni el provincial puedan enterarse de esa correspondencia secreta y cifrada con clave señalada por el general mismo.

El director de la Congregación es un Padre jesuita; lo fué el P. Goberna; ahora lo es el P. Píter.

El director nombra los prefectos y presidentes de las secciones. Los prefectos han de dar cuenta al director cada ocho días. Esas secciones se extienden por toda la sociedad incluso entre los centros de obreros (*Sección de San Pedro Claver*) y en los hospitales (*de Santa Cruz y Sagrado Corazón*).

Los congregantes visitan semanalmente á los enfermos. El prefecto de sección lleva un libro diario donde anota todo lo que sucede, como en la Orden.

Las secciones tienen cada una su reglamento é instrucción especial; pero, por lo que hace al caso, todas observan la misma. La menos importante de todas las de Barcelona es la sección del Hospital del Sagrado Corazón (*Las Cortes*).

El espionaje jesuitico se verifica oficialmente en la siguiente forma: Las *Reglas comunes*, número 57, dicen: «Si los visitadores hallaren algún enfermo de carácter difícil ó peligroso á causa de sus ideas, no entrarán con él en discusiones: después de mostrar interés por su bien espiritual y por el estado de su salud, retirarse humilmente y avisar al prefecto».

En las *Reglas del prefecto*, número 15, se manda que éste tome nota al terminarse la visita de las particularidades que haya advertido, las peticiones, casos eficientes que ocurran, etc. Esta *electera* dice más que todo el reglamento.

El número 16 manda tomar nota exacta de los enfermos *extraviados* que encuentren; el 17 dispone que mensualmente dé cuenta el director, y el 21 ordena que al fin del año arregle el extracto de las notas y datos importantes del libro de visitas para el *Anuario* de la Congregación y lo entregue al director, junto con un resumen claro y exacto del libro de cajas».

Ya está, pues, formada la cadena; la organización es la misma; el director viene á ser un pequeño general. El congregante comunica al prefecto lo que ocurre, así que ocurre; el prefecto semanalmente al director, por lo menos lo extraordinario; el director al rector y al cronista, cuando le exige; el rector al provincial cada semana; el provincial al general cada mes. Cada trimestre el rector hace un resumen y cada año otro anual. Aplíquese esto á las 17 secciones y se tendrá idea formada de este espionaje.

El congregante, según prescribe el reglamento (Catálogo de 1899) debe avisar el motivo de sus faltas á los actos, los cambios de domicilio, de estado, de profesión y de estudios; ha de presentarse al director siempre que lo llame y contribuir con alguna ofrenda, que en Barcelona suele ser una peseta al mes. El día allí en 1899 unos 732 individuos que, á peseta, producían anualmente 55 136 reales. El catálogo anual se vende á dos pesetas, pudiendo producir unas 2.000, ganancia líquida, y además se hacen varias cuestiones con excusa de fiestas, obsequios, etc.

Así el servicio policiaco de la Congregación Mariana, por solo este concepto y sin contar los ingresos por misas, sermones y demás, no solamente es gratuito, sino que puede producir una renta anual de cuarenta mil reales, sueldo mayor que el de un exministro, percibido por un jesuita cualquiera de lo más obscuro é iliterato.

Un deán no cobra la mitad; un canónigo ni la tercera parte; un párroco de término ni la quinta; uno de ascenso ni la octava, y ni la décima un párroco de entrada. Esto sin contar limosnas, venta de libros, estampas, medallas y la influencia (ó *influencia*) moral que los autoriza para introducirse en tantas familias y tenerlo todo intervenido.

No les quedaba por intervenir más que la pornografía y ya lo han hecho con la *Sociedad de Padres de familia*; pero es tan asqueroso el cuadro de esta intervención, que la pluma se resiste á describirlo.

EL URBINO

LOS DE SIEMPRE, COMO SIEMPRE

Ni un comerciante de Valencia se ha creído en el deber de contribuir ni con 25 céntimos á la suscripción abierta para sufragar los gastos de enterramiento del joven Emilio Serrano, muerto por la fuerza pública el día del cierre.

No creo, aun cuando es gente que hace del céntimo el ojo de la viga, que se abstuvieran por ahorrarse una peseta, que en último término habría pagado de más el primer parroquiano que se hubiera acercado á sus tiendas.

Se abstuvieron de contribuir, por algo peor; por cobardía, por miedo á que se les creyera cómplices de los que alteraron el orden, el orden, patrono de todos los tanderos! Quien perturbar al gobierno que los ha despreciado, pero en medio del mayor orden. Como si fuera posible en estos casos tirar la piedra y esconder la mano!

Esto debe darle al pueblo la medida de lo que es esa gente y lo que daba esperar de ella.

Porque, no hay que sacar las cosas de quicio por la esperanza de que la actitud de los comerciantes sea favorable para nosotros... hasta cierto punto.

Los conservadores y el comercio han marchado unidos siempre durante la restauración. Ahora están reñidos por cuestión de ochavos, y se tiran los trastos á la cabeza. Métese cualquiera por medio, y se unirán contra él. Todos los matrimonios son así.

La prueba de que no quieren que nadie intervenga en sus cuestiones, está en el acuerdo que tomaron de no salir de sus madrigueras el día del cierre último, para no perturbar el orden. ¡Apreciables regeneradores y qué precavidos son! Temieron que el pueblo, desatendido perpetuamente por los gobiernos y explotado por los mercachifles, entrase en desaos de misterio á amigable descomponedor. Así resultó ello. Un jueves santo más, ó la anticipación del cumplimiento de la ley sobre el descanso en los días festivos.

Como son nuevos en política, (en clase de directores, pues comparsas siempre lo fueron), no saben que, si lo que hacen lo hacen como tales comerciantes simplemente, nada van á conseguir; y que todo lo que no sea llegar á las últimas consecuencias de sus actos, será fantocheo esterilmente.

Entre los acuerdos que tomaron figuró el de estar de retén en el Circulo de la Unión Mercantil el jueves, para acudir heroicamente á donde quiera que se perturbase el orden, convirtiéndose así en polizontes voluntarios. Lo mismo sirvan para envenenar á un prójimo con una lata de ostras ó un cuarteron de boquerones, que para sustituir á uno de la secreta.

La suerte suya fué que el orden ¡ay! permaneció inalterable; que si se perturbaba y acudían á restablecerlo; ¡menudo trote les habrían hecho tomar los perturbadores, si el gobierno se desentendía en mandar fuerza pública á protegerlos!

Se ve ahora con cuánta razón vengo diciendo que tiene esos señores más miedo que el mismo gobierno á que el orden se altere; ¡como que son más conservadores que los propios silvestristas!

Y comprende ahora el pueblo que no deba ayunar para nada á esos que van únicamente á lo suyo, y que azuzarían al gobierno contra él, si se lanzara á la lucha!

Díjese, pues, el pueblo de esperar nada de esa gente; y si un día se decide á obrar, sepa que sus mayores enemigos están en esa clase que se ofrece á restablecer el orden que ella solamente perturba, y no por nobles ideales, sino por ahorrarse unos ochavos que en último término pagará el consumidor, como ya he dicho.

El miedo la ha obligado ahora á retratarse de cuerpo entero; «¡seremos las tiendas, pero ayudemos al gobierno si el pueblo, aleccionado por nuestro ejemplo, y aprovechando la ocasión, se atreve á hacer de las suyas». Es decir, que el matrimonio reñido, horteras y gobierno, se uniría para reventar al pobre Juan Lanas.

No lo olvides, Juanito, por lo que ¡patente a tronar.

LA INQUISICIÓN

Se ha acusado á Santo Domingo de ser el autor de la Inquisición; su carácter feroz le hace digno de este honor ó de esta infamia. Sorprendiéndole unos secretarios cuando atravesaba un terreno húmedo todavía con la sangre de los herejes: «No tienes miedo á la muerte?»—le dijeron. ¿Qué harás si nos apoderamos del ti?

—Os rogaré, respondió el santo, que no deis fin á mi suplicio con una muerte pronta, sino que prolonguéis mi martirio con largos tormentos, mutilando cada uno de mis miembros; os rogaré que arranquéis mis ojos de sus órbitas y dejéis entonces á mi cuerpo, así mutilado, que rueda en su sangre, hasta que tengáis por conveniente matarme».

Aquel hombre, tan ávido de sufrimientos, era digno de inventar los horrores del tormento. Sin embargo, no le acusamos; la espada no tiene culpa de la sangre que derrama, ni tampoco el brazo que la maneja, sino la cabeza que lo ordena.

Nada más horrible que el procedimiento de la Inquisición. El Papa Alejandro IV escribe á los dominicos «que procedan seriamente y sin el embarazo estrépito de los abogados y de las formas judiciales». No hay ninguna garantía para los desgraciados acusados, ¿qué digo? todo está combinado para hacer inevitable su condenación.

El inquisidor, antes de dar principio á sus formidables funciones, debe predicar un sermón al pueblo. Para atraer á los oyentes, promete, en virtud de bulas pontificias, una indulgencia de cuarenta días á los que vayan á escucharle. Después ordena á todos los fieles que le ayuden denunciando las herejías y los herejes. Nuevas indulgencias de

tres años para los denunciantes. Si hay fieles á quien este cebo no seduce, se recurre á las amenazas; se ordena la delación bajo pena de excomunión y se asegura el secreto al delator, permitiéndole que haga traición á sus amigos, tal vez á sus correligionarios, bajo el sigilo de la confesión. Una vez denunciado el hereje y entregado á la Inquisición, su pérdida es segura. No tiene defensor: el abogado que comete la temeridad de dar consejos á un hereje, es destituido y señalado con infamia eterna.

¡Aquí, pues, al acusado solo delante de su juez. No sabe quién le acusa, no sabe cuáles son los testigos que deponen contra él; todo pasa en la oscuridad. La Iglesia sabía lo que hacía al callar los nombres de los testigos y de los acusadores, porque ¡cosa escandalosa! cualquier criminal, infame, perjurio, cómplice, podía ser testigo; los médicos eran admitidos, más aún, obligados á denunciar á sus enfermos. Se pagaba á los acusadores un marco de plata por cabeza de hereje. Se admitía á la mujer, á los hijos, á los criados del acusado á deponer contra él, pero no podían deponer en su favor. Acusados y testigos eran sometidos al tormento para revelar un crimen imaginario.

Esto es espantoso; pero hay una cosa más espantosa todavía, y es la tortura moral á que sometían los inquisidores á los detenidos. Los engaños para perder á los acusados fueron erigidos en doctrina. El inquisidor juega con el desgraciado que tiene delante como el gato con el ratón. Al principio se presenta muy dulce: «No hay necesidad de gritar, díce, lo sabemos todo; solamente desee conocer algunos detalles.» Después va apurando al acusado con preguntas repetidas sobre un mismo punto hasta ponerle en contradicción consigo mismo. Si nada consigue con la dulzura, el inquisidor saca las uñas y hace traer los instrumentos del tormento. Después de esto vuelve á mostrarse dulce, y le ofrece perdón si confiesa. ¡Ay del acusado si cree en la palabra de un sacerdote! Este deja tranquila su conciencia concediéndole cualquier favor insignificante. Por último, si todo esto no da resultado, se engaña al prisionero enviándole algún falso amigo que provoque su confesión, que escucha oculto un notario apostólico para dar fe.

F. LAURENT

JESÚS Y COMPAÑÍA

Así, y no de otra manera debe llamarse esa sociedad comercial cuyos individuos visitan sotana, dicen misa y predicán sermones contra los que se ocupan de los intereses terrenales.

¡Dices del pueblo judío que, falto de su templo y de sus cultos, dedicóse á acausar dinero con el que verdaderamente se ha hecho el amo del mundo.

Convenciéronse los hijos de Sem de que el Masías había decidido no venir por más que le llamaban; vieron que, contando ellos como contaban con la protección decidida del Dios de las batallas, salían á paliza diaria que les daban todos los pueblos ímpios y paganos que combatían con soldados y máquinas de guerra; se convencieron de que si en tiempo de Moisés, caía el maná del cielo, las cocinas celestes se habían agotado y no dejaban caer ni unas malas patatas guisadas, y dejándose de lamentos prácticos como en Babilonia, de caudillos proféticos como en Egipto, ó de reyes estúpidos como en la dominación romana, fundaron bancos, establecieron industrias, construyeron ferrocarriles, levantaron fábricas suntuosas, hicieron empresas lucrativas, y de todas maneras se fueron haciendo dueños de grandes capitales, de inmensas fortunas, de cantidades fabulosas de dinero.

Pero lo más notable fué que los cristianos, apénas vieron ricos á los judíos, empezaron á respetarlos y á mimarlos, en las naciones más poderosas les dieron participación en los gobiernos, y la misma Iglesia católica dejó de molestarnos en lo más mínimo, acabándose del todo las persecuciones, anatemas y maldiciones que en otro tiempo llovieron sobre el pueblo de Dios.

Los jesuitas, apóstoles hoy del *decadentismo religioso*, han visto que sermones, novenas, escapularios y misiones son monedas que, como los duros sevillanos, no entran más que en billos de incautos ó de memos; han notado con pavor que la raza de los Pastrañas se ha extinguido, y que si hay políticos del ángulo facial de un Liniers ó un Vadillo, hay otros muchos que están ya de jesuitas hasta la punta del pelo; se han convencido de que muy pronto no va á haber nadie que comunique con la rueda de molino de la santidad y de la fe de los loyolas, y han decidido dejarse de tonterías, liarse la manta á la cabeza y decir: «¡Ciballeros, aquí la religión y la beatría nos importan tres cominos; lo que nosotros queremos es dinero.»

Ya en Bilbao, cuartel general del jesuitismo, no amos con asombro este año que las funciones del Corazón de Jesús se celebraban sin pompa ni entusiasmo en la iglesia de los jesuitas; luego vimos que en Madrid no saen ya de la calle de la Flor aquellas procesiones, rágocjo de beatos y beatas; hase observado también que durante la cuaresma y semana santa actuales no ha habido por ahí las excursiones apostólicas escandalosas á que estaban acostumbrados pueblos y ciudades.

No ponen ya empeño ninguno los hijos de San Ignacio en establecer apostolados de la oración, coros de hijas de María ni ejércitos de San Luis Gonzaga. Esto, por lo menos, ha quedado relegado á segundo término.

En cambio se sabe que un comerciante de Eibar empieza á fabricar unas plaquitas con la imagen del Corazón de Jesús, los jesuitas las jalean y el negocio produce en tres meses más de *seiscientos mil pesetas*. El comerciante sigue tan pobre como antes.

Al poco tiempo suena por España una frase que parece una blasfemia y es una explotación mística: el grano sagrado. Se trata de otro negocio magnífico del jesuitismo. Establécense grandes depo-

sitos, organizase minuciosa contabilidad, y empiezan desde confesionarios y pulpitos activa propaganda para convencer a las gentes, no de la verdad de los católicos dogmas, sino de que el grano del Corazón de Jesús es el mejor y más barato de todos los granos habidos y por haber.

Ahora en Gandía están atareados los jesuitas, en vez de fundar una caja de ahorros, ensayo de banco y conato de centro usurario. Las personas sensatas de Gandía miran la institución con malos ojos, porque piensan, y con razón, que los curas no están en el mundo para fundar cajas de ahorros, sino para henderir cajas de muerto; no deben prestar dinero, sino prestar los auxilios espirituales a quien se lo pida; no han de confeccionar libros de contabilidad, sino libros de rezos.

Los Rastchid, con sotana y faja dicen que sólo los impíos republicanos serán los que no les entreguen el dinero, y no ha faltado quien, recordando la guerra que recientemente han hecho en Francia los jesuitas a los jefes, haya contado el siguiente cuento:

Predicaba un padre los sermones de cuaresma en cierto pueblo de Andalucía; la elocuencia del orador era mucha, y las gentes, conmovidas profundamente, habíanse entregado por completo a la práctica de todas las virtudes. Sobre todo el buen predicador había insistido en que nadie tratase ni visitase a una mujer *non sancta* que, con sus hechizos y malas artes, traía incentivo de pecados y lazo para cazar almas con destino a las calderas de Pero Bitero.

Quedóse aislada por completo la pecadora; nadie absolutamente llegaba a llamar a su puerta; el fuego del infierno apagaba el fuego de la concupiscencia.

Llegó sin embargo una noche en que un mozo del pueblo, menos convertido sin duda que los otros, envuelto en la capa y toman lo todo género de precauciones, se atrevió a dirigirse al lugar maldito. Se acercó a la puerta y ya iba a empujar el llamador, cuando la puerta se abrió para dejar salir un hombre, también embudo hasta los ojos.

Encontráronse frente a frente los dos, y entonces el que entraba vio que el que salía era... el predicador cuaresmal.

Los jesuitas dicen a los judíos: «Fuera de aquí, negociantes, fuera, porque... ¡vamos a negociar nosotros!»

GIL BLAS DE SANTALLANA

LA CONCENTRACIÓN DEMOCRÁTICA

¡Gracias a Dios que hemos tropezado con el partido redentor! Estábamos aquí devanándonos los sesos para averiguar la mejor manera de salvar a España, y no habíamos sospechado que la Concentración de Sol y demás astros menudos, había encontrado ya la fórmula y el procedimiento.

Para regocijo de republicanos clericales y demócratas jesuitas, publicamos lo más saliente del apéndice V del proyecto de programa que ha dado a luz esa Concentración:

LA IGLESIA CATÓLICA ESPAÑOLA

«Es vergonzoso que un sacerdote español tenga una asignación de 500 pesetas para atender a sus obligaciones imprescindibles. La vida cuesta más y el Estado tiene la obligación de velar por la existencia de ese sacerdote, ya que han de exigirle todas las virtudes anejas a su sagrado ministerio. El sueldo mínimo del sacerdote español que depende del Estado será de 1.500 pesetas al año.»

Esto se llama resolver las cuestiones con acierto y seguridad. Sólo que, a decir lo que siento, ha andado *La Concentración* algo tacaña. En un país tan próspero como el nuestro, no deben hacerse las cosas a medias. Propongo, pues, que se señale también una pensión de 750 pesetas a cada una de las amas ó sobrinhas de cura, y otra de 375 a cada chiquitín de los que esas señoras lancen al mundo. O somos demócratas, ó no lo somos. La ley, como la pensión, debe ser igual para todos... los curas, y sobrinhas adyacentes.

«Después de haber tomado al clero, por razones que ya el tiempo ha juzgado, bienes por valor de 2.250 millones de pesetas, cuya propiedad capitalizada al 5 por 100 daría una renta anual de 125 millones, con los que la Iglesia podría atender dignamente a sus necesidades, el actual régimen se ha comportado de modo que, acentuada y perdida toda aquella riqueza, hoy las atenciones religiosas, merquinamente pagadas, gravitan como carga abrumadora sobre nuestro presupuesto general del Estado.»

¡Esto, esto!... Duro en los monárquicos, que después de haber tomado (*robado* diría yo) al clero esa cantidad que el infeliz se había agenciado con el sudor de su frente, no le ha proporcionado a cada cura un gran sueldo, coche y por lo menos cien acciones del Banco.

«Cómo rabiarán los conservadores al ver que unos demócratas, que se titulan además republicanos, lamentan que todos los bienes de España no estén en manos del clero, para que pueda vivir dignamente con los 125 millones de pesetas que le producirán! ¡Que rabien, que rabien esos pícaros reaccionarios!

«No se suprimirá ninguna parroquia, antes bien, estudiando este asunto con interés y sin preocupación alguna, se verá si es necesario aumentar su número. Toda parroquia, sea de la clase que sea, tendrá un cura propietario y un coadjutor.»

Bien dicho. ¡Vengan más parroquias! Es de lo único que estamos necesitados; de parroquias. ¡Como que no hay más que 18.000 y pico! ¡Una miseria!

Pocos me parecen dos curas para cada una de ellas; pero, en fin, no quiero disentir en esto de *La Concentración*. Bien mirado, únicamente importarían las pa-

rruquias 54.000.000 de pesetas, quedando aparte el abonar su sueldo a obispos, canónigos, etc., etc., (hasta doscientas etcéteras). Y por una pequeñez así, no vamos a ponernos en desacuerdo.

Después de leer esto, a ver quién es el bandido que se atreve a decir que los republicanos somos enemigos del clero.

«Las órdenes religiosas de monjas en clausura serán todas respetadas. Sus propiedades particulares no tendrán otra limitación, ni sufrirán otras gabelas que las que satisface la propiedad privada. Si los conventos de monjas no tuviesen rentas bastantes para vivir, el Estado contrae el deber de auxiliarlos con el fin de que su existencia sea decorosa.»

¡Ay, qué peso se ha quitado de encima! Cuando empecé a leer el Apéndice, no pude por menos de preguntarme con cierto terror: «¿Y las monjas! ¿Qué harán el Sol grande y los Soles chicos de esos ángeles?»

Afortunadamente, ya ha desaparecido mi terror. ¡Todas, todas quedarán! ¡Y las que no puedan vivir, serán auxiliadas por el Estado! ¡Qué felicidad para esas santas mujeres! ¡Dios en el cielo, y el Estado en la tierra velando por ellas! Justo premio a sus reconocidas virtudes y a la utilidad que prestan.

Una sola cosa se le ha olvidado a *La Concentración*: crear plazas de confesores, todos frailes, para que cada monja tenga el suyo, con entrada libre en los conventos, para acorrerías en todos sus trabajos y tribulaciones místicas. Someto humildemente la idea al Sol y a los Solecillos.

«En los pueblos llegan a la cumbre de la vida hombres que por debilidad de carácter, por decidida vocación ó por graves combates psicológicos se encuentran desilusionados y desesperanzados de la existencia. Todo país bien organizado debe tener para estos seres un santo asilo de refugio donde encuentren los celestiales consuelos del libro y de la oración. Se respetarán, pues, las órdenes de San Francisco y de San Antonio Abad.»

No sé qué orden es esa de San Antonio; más aún, creo que no existe. Pero esto no hace al caso; lo que al caso hace, es que se respete a los franciscanos y a los escolapios (a quienes sin duda ha querido aludir *La Concentración*), y que sus conventos se multipliquen hasta lo infinito, ya que son tan buenos carlistas, a fin de compensar con exceso la supresión de las otras órdenes.

Y como a *La Concentración* se le ha pasado consignar el sueldo que ha de tener cada fraile, propongo que se le asigne a cada uno cinco pesetas diarias. ¡Qué menos, para que puedan fácilmente ayunar y hacer toda clase de penitencias!

La experiencia ha demostrado que hay un gran número de servicios de beneficencia indispensables en los pueblos cultos, para los cuales no sirven los organismos láicos y mercenarios: sólo por amor de Dios puede llegarse a ciertos actos de piedad. Las órdenes religiosas de Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul y la de monjes de San Juan de Dios, no sólo serán respetadas, sino que dependerán directamente del Estado, en lo que afecte a su vida y necesidades. Serán también respetadas esas Órdenes llamadas menores, de mujeres piadosas, dedicadas a cuidar los enfermos a domicilio.

Todo lo ha previsto *La Concentración*. El Señor se lo premie!

Nada de suprimir Hermanas de la Caridad; que todo esté a sus órdenes y a su cuidado en los asilos benéficos. ¿Quién, como ellas, podrían mirar con santo celo por las almas de enfermos y asilados, aun cuando a los cuerpos se los llevase la trampa? ¡Mujeres divinas! Aun cuando cobran todos los servicios que prestan caritativamente, son merecedoras de todos los respetos.

¿Y qué decir de la conservación de los monjes de San Juan de Dios? Aunque no lo fue más que porque a ellos pertenece el virtuoso y casto y desinteresado Padre Menni (hoy procesado por la impiedad de los jueces católicos), merecen ser conservados.

He dado una ligera idea de lo que pide *La Concentración Democrática Republicana* para la Iglesia, a fin de que se tranquilicen los republicanos sensatos.

Quizás en el número próximo dedique a *La Concentración* otros parrufitos, cuya síntesis sea ésta:

«¿A la monarquía, republicanos clericales!

A menos que no os rechace por demasiado reaccionarios.»

El separatismo y el clero

En su hermoso libro *La política de capa y espada*, dice Eugenio Sellés:

«El clero no se ocupaba solamente en las intrigas del confesionario. Cuando la ocasión era oportuna, solía reverdecirse en él su antiguo espíritu guerrero.

Los frailes y curas catalanes fueron motores eficacísimos de la rebelión contra Felipe IV, preñándola como guerra justa y religiosa. El canó-

nigo de Urgel, Pablo Claris, fué el revolucionario más ardiente de la Junta de Barcelona. El clero cortesano, lejos de sosegar la tormenta con su prudente mediación, inclinaba al gobierno al rigor, con palabras tan impropias de un ministro de Dios como estas, que el cardenal Borja pronunció en el Consejo del rey: «El fuego de la infidelidad y la rebelión no se extingue sino con ríos de sangre.»

«Por su parte los jesuitas ayudaron a la insurrección de Portugal con sus predicaciones y también con sus auxilios materiales.»

Lo mismo que en la insurrección separatista de Cataluña y en la pérdida de Portugal, el clero ha sido factor importante en otros movimientos contra España y en la pérdida de nuestras posesiones, una parte fomentando las insurrecciones, dirigiéndolas ó tomando parte en ellas, otra influyendo en la política odiosa y en las tiránicas medidas de rigor de la Metrópoli, que provocaban los movimientos contra España y les daban incremento, fuerza, y por último la victoria, desmembrando cada vez más la desdichada patria.

Los jefes principales del movimiento revolucionario de Méjico, que tuvo por término la independencia de aquel extenso y rico territorio, fueron don Miguel Hidalgo y Costilla, cura de Dolores, apodado *El Zorro*, y don José María Morales y Pavón, cura de Cuáraco.

Después...

Oigamos lo que dicen los autores del interesante libro *Méjico contemporáneo*, señores de Prida y Pérez Vento:

«La triste situación de los gobernados, sus necesidades y deseos, sus naturales y justas aspiraciones importaban muy poco, ¿qué es importar muy poco?, no importaban nada a los que representaban allí el Gobierno de la Metrópoli, y que eran pura y simplemente amos de avaricia insaciable, para quienes los habitantes de aquellos países eran a modo de rebaños a los que convenía esquilmar, sin compasión y sin miramientos, pronto, muy pronto, y completa, muy completamente...»

Procaces camarillas formadas a la continua por el llamado alto clero, hacían sentir la inmensa pesadumbre de sus mundanas ambiciones y de su soberbia satánica sobre todas las clases sociales... Contra aquel escandaloso nepotismo, contra aquella sistemática simonía, ni se hubiesen admitido protestas, ni se alcanzaba a nadie la exposición de la queja, antes expuesta a ser castigada que atendida.»

Y ¿qué hizo ese alto clero cuando la insurrección separatista, provocada en gran parte por sus desmanes y dirigida por curas, ponía en grave peligro el poder de España? ¿Seguían fieles a la patria, cuyo dominio en aquellos países había comprometido? Los mismos historiadores lo dicen algunas páginas después:

«Las clases más ricas, el alto clero y los allegados al poder virreinal, enemigos ayer de los revolucionarios de Dolores, y mantenedores del Gobierno español, se declararon en contra de éste en el momento que vieron mercedados su preponderancia y privilegios, y tramaron sorda conspiración para derrotar la Constitución promulgada por segunda vez el año 1820... Su idea era constituir Méjico en *Monarquía independiente de España*, bien con Fernando VII, que andaba a mal traer por sus subditos de la Península, ó bien con algún otro miembro (don Carlos), de la familia reinante de la Metrópoli...»

Se pactó un arreglo para proclamar la independencia, conforme al plan de Iguazú que se llamó de las Tres garantías, en razón a que sus tres puntos esenciales eran: el mantenimiento de la religión católica romana, con exclusión de cualquiera otra, conservando el clero todos sus fueros; la independencia bajo una monarquía moderada, y la íntima unión entre europeos y americanos, con iguales derechos a la ciudadanía y a los empleos públicos.»

¿Comentario a ésto? Uno, y muy sencillo. El clero, y más aún las órdenes monásticas, continuaban siendo enemigos de la patria.

Vecindad honrada

(ESCENA TRISTE.)

Don Justo:

—¡Portera!

—¿Quién llama?

—¿Cuánto renta el cuarto tercero?

—Seis mil reales; pero lo bajarán.

—¡Ah! ¿Lo van a traer al patio?

—Vamos, es un decir, que lo dejarán en veintitrés duros.

—¿Es grande?

—¡Iluminado, con luz de Mediodía, empapelado de nuevo, su fuente y la destilación de la luz eléctrica puesta.

—¿Se puede ver?

—Sí, señor; a eso estamos. Suba usted, caballero, que yo voy por la llave.

—Vaya, no dirá usted, que esto es lo que se llama un cuarto para no salir a la calle más que por fuerza, y en un sitio que ni el sitio de Zaragoza, como dice mi esposo.

—El sitio es céntrico, y, sin embargo, la calle está retirada...

—¿Qué quiere que es una calle corta y tranquila, pero está usted a un paso de todo.

—Eso es verdad y el cuarto me conviene: pero me va usted a decir con toda lealtad si la vecindad es buena.

—¡Buenaísima!

—Pongo interés en esto porque soy padre de familia; tengo tres hijas solteras, niños de doce y trece años, y ya me he mudado dos veces en ocho meses por haber sorprendido en la vecindad y en casas de muy buen aspecto gentes de mal vivir.

—¡Ay, señor! Pues aquí no hay nada de eso. Esto es la paz del mundo; vecindad más tranquila no la hay en Madrid.

—¿De veras?

—Por la salud de mi esposo, y ya ve usted que no querré jurar en vano, porque acaba de pasar unas *trijolideas* que ha estado en el Hospital tres meses.

—Tome usted esas dos pesetas y dígame con el corazón en la mano si en toda la casa vive gente honrada.

—Mire usted; en el piso bajo vive la señorita Nieves, una persona que siempre trae osos detrás, pero muy pacífica ella; no se mete con nadie...

—¿Pero vive sola?

—Sí, señor; es decir, todo se ha de decir; ella

tiene un amigo, que es un diputado joven, muy rico, y viene a pasarse la tarde de conversación, y alguna noche, si hace mal tiempo se queda; pero, vamos, ¡son dos enamorados que no se les oye!

—Es decir, que...

—En el principal derecha, doña Catalina.

—¿Y quién es doña Catalina?

—Pues es una señora que ha pasado mucho en este mundo y ahora está muy bien, porque ha discurrido una cosa que parece que le da mucho dinero a ganar: vamos al decir, que tiene huéspedes... sin tenerlos.

—¿Qué quiere usted significar?...

—Vamos, huéspedes por un par de horas; se conoce que es gente que viene de los pueblos y descansan aquí hasta que se vuelven por la noche: un caballero y una señora, un señorito y una señorita... Pero no se les siente; no hay nunca cuestiones, ni ruido, ni nada; le digo a usted que esto es como un convento.

—¿De manera que usted tiene la osadía de?...

—En el principal de la izquierda se reúnen veinte ó treinta amigos, todos muy callados, no abren casi nunca las ventanas, entran y salen sin tropel y sin armar bulla, y ahí se pasan hasta las dos ó las tres de la mañana jugando con unos botones de marfil, que hasta en eso se ve que no hay malicia... El inquilino es un tal don Bernardo, muy buena persona, que nos da cinco duros de propina todos los meses; ¡ya ve usted que para dar así cinco duros en estos tiempos, es menester ser un santo!

—¿Luego en todos los pisos?...

—En ese segundo de enfrente tendrá usted por vecino a un chico muy elegante, que apenas para en casa, y vive sin familia, ni criados ni nada. A mí me es muy simpático porque no tiene suerte; ya van dos veces que le han sacado en los periódicos, que en todo se meten, llamándole *Rufino el carterista*, lo cual que es una infamia; y una vez hasta lo detuvo un guindilla y me lo tuvieron al hombre en el Gobierno civil, y resultó, como me dijo él a mí cuando volví, dándome un alfiler pa mi Paco, que lo menos vale veinte duros: «No haga usted caso, señora Pepa; les ha dao por confundirme con otro; lo que hay es que yo hago carteras.»

—¡Ya lo creo!

—Y así debe ser, porque cuando se va por la mañana y yo le limpio el cuarto, siempre tiene ocho ó diez carteras encima de la cómoda.

—¿Como que es muy conocido!

—Pues ahí tiene usted. Y en los pisos terceros viven una chica huérfana que baila sevillanas en las reuniones que tienen los señoritos de la aristocracia, y en el otro dos coristas que viven en familia con dos primos suyos. ¡Ya ve usted si es cantidad de gente! Pues aquí no se oye una mosca. Si busca usted tranquilidad, tranquilidad tendrá pa dar y vender; ¡casas como esta hay pocas!

Don Justo furioso:

—Y aquí quiere usted que viniese yo a vivir! ¡Y tiene usted la frescura de llamar a esto una vecindad honrada!

Discurso de la portera:

—Oiga usted, caballero; quince años llevo en la casa, y hasta el año pasado, en que quiso Dios que se juntaran los vecinos que hoy tengo, no he visto en ella más que inquilinos atrasados, embargos, muebles vendidos por los escribanos, desahucios, trampas, el casero siempre poniendo papeles, ¡un desastre! Aquí hemos tenido dependientes de comercio, oficiales retirados, viudas de clases pasivas de Ultramar, periodistas, pintores, curas, pianistas que daban lecciones, bolsistas, obreros, trabajadores, cómicos, señoritas que cosían para fuera... de todo. Pues el dependiente, porque no ganaba bastante; el cómico, porque estaba sin contrata; el bolsista, porque había perdido; el pintor, porque no vendía cuadros; las huérfanas, porque les daban poco por la costura; los curas, porque no tenían misas y el clero bajo no gana nada; los obreros, porque andan siempre lampando y tienen más hijos que las chinchas, aquí no pagaba nadie más que a malas, ó no pagaban nunca. El casero tuvo un ataque de apoplejía de tanto padecer, viendo la casa siempre vacía y sin producir nada. Desde hace un año, con estos honrados inquilinos de ahora, el día primero del mes, antes de que anochezca, ya tengo en la portería el dinero de todos los cuartos, y además propinas bárbaras para mí Paco y para mí. El casero ha engordado y su señora ha tenido un niño a los cincuenta y ocho años. Todos aquellos que lloraban y suplicaban y pasaban meses y meses sin pagar, todos nos echaban por medio su honra. ¡Honradez! ¡Píjlos! ¡Los honrados son estos! ¿Lo entiende usted? ¡Esto!

—Y usted una mujer inmoral, defensora de la

gentuza que aquí vive! Una casa en la que hay una

Celestina...

—¡Catalina!

—¡Celestina!

—¡Si lo sabrá usted mejor que yo!

—Un garito, unas mujeres de mala vida, un

tomador...

—Oiga usted, caballero! Mis inquilinos no le

deben a usted nada, y usted no es nadie para in-

sultarlos.

—¡No dé usted voces!

—¡Grito, porque estoy en mi casa!

(Comienzan a abrirse puertas de todos los pisos).

—Yo opino como hombre de bien!

—¡Usted debe ser de la secreta, y habrá usted

venido a sobornarme con dos pesetas que no me

hacen falta! Guárdese las usted para aynda de otra

chistera. ¡Doña Catalina! ¡Aquí hay un señor que

le llama a usted *Celestina*! ¡Don Bernardo! ¡Díe

este caballero que su casa de usted es un garito!

¡Hola, señorita Nieves! ¡Aquí tiene usted un en-

tremetido que dice que es usted una mujer de

mala vida!

—¿Que bajé!

Las vecinas de arriba.—Echarlo a patadas. Dos

hombres del... Circula.—Oiga usted... (Dándole

encontronazos contra la pared.) Usted se va de

aquí sin chistar, ¡lo oye usted bien! sin resollar,

ó se le corta a usted la cara.

El diputado, saliendo del cuarto bajo.—Usted

está en llorando... yo le he visto a usted allí.

—En la Deuda.

—Pues... ¿usted no me ha visto, eh? Porque se

están haciendo cesantías... ¡Mucho cuidado!

Las del tercero.—¡Ahí va eso!

(Oyese un gran ruido, y don Justo recibí en el

hombro derecho un enorme tueste de albahaca que

le hace vacilar y le cubre de tierra...)

La portera.—¡El único escándalo que ha habido

en esta casa honrada, más lo ha dao usted! O se

va usted pronto, ó llamo al alguacil... ¡Fuera de

aquí, ¡lo cursé!

Don Justo, saliendo limpiándose el sudor y el

polvo y llorando.—¡Qué mundo este! ¡Qué mundo

este, Dios mío!

EUSEBIO BLASCO

En el pueblo de Pedro Bernardo fueron robados tres mil duros en la casa del hacendado Leandro Capita y en la del cura encontradas 5870 pesetas,

que dijo haberle entregado en depósito uno de los autores del robo, preso ya.

Como el asunto está en los tribunales, me abstengo por hoy de comentar disculpa tan extraña.

DISCULPAS EN VIERNES

Hay algunos hombres de relativa importancia é influencia en el partido republicano, que se pasan la vida renegando de los jefes, que no creen ni en su sinceridad ni en sus condiciones de carácter, y que sólo admiten como eficaz el procedimiento revolucionario.

Y, sin embargo, al primer llamamiento que les hacen esos estropeados jefes, acuden presurosos, a sabiendas de que nada práctico tratarán, y se dejan coger de nuevo en las redes, sin perjuicio de salir triando al poco tiempo. ¡Codornices sencillas! En cambio, si alguien que no es jefe les propone algo relacionado con el procedimiento de que se dicen partidarios, invocan los desencantos sufridos con los jefes, para excusarse.

En buena lógica, esto debería influir para que acudiesen solícitos, precisamente por no ser jefe el que les habla. Pero no es así. Esos caballeros se retraen prudentemente, sin perjuicio de lamentarse luego de que aquí nadie toma iniciativas, y de que nada se adelanta por no haber quien se atreva a emanciparse del yugo de los jefes, cuya menor indicación obedecen ellos entre sumisos y esperanzados.

El demonio mismo que los entienda, á no ser que se disculpen en viernes, por no ayunar.

EN CONFIANZA

El señor obispo de Tarazona ha condenado y reprobado el periódico de aquella ciudad, titulado *La Unión*, mandando a sus diócesanos que se abstengan de cooperar por ningún medio a su publicación, si sigue exponiendo ó intentando las proposiciones *próximas á herejía, escandalosas, impías, contrarias a la doctrina católica y sana moral, é injuriosas al clero secular y regular*, por las cuales ha sido condenado; pues el que, contraviendo a tal orden pastoral, sea suscriptor, compre, lea ó reciba en sus casas tal periódico, incurrirá en la indignación de Dios, haciéndose reo de las gravísimas penas impuestas por la Iglesia.

Me parece una candidez esto de prohibir á estas alturas el que se lea éste ó aquél periódico, mas reconozco que eso obispo ha estado en su derecho.

Como yo estoy en el mio al preguntarle:

«¿Por qué conducto ha llegado a su noticia, señor obispo, que *Dios se indigna* por estas cosillas?»

Yo no me tomo la molestia de pensar en si Dios existe ó no existe; pero si me diese por ahí la chifladura, seguramente pensaría en un Dios tan grande, cual no lo conciben los que suponen que pueda indignarse en ningún caso, pero mucho menos porque un periodista diga que los curas tienen amas y los frailes viven del sudor ajeno.

Esto, dicho hace tres ó cuatro siglos, podía producir algún efecto; hoy hace reír por lo gracioso, ó sonreír por lo inocente.

¡Ay, señor obispo, y á lo que obliga la defensa del garbanzo! Quiero creer que lo hace usted por esto y no por estar convencido de que Dios se indigna por un sueldo de un periódico aquí en la Tierra, él, que según ustedes, rige los mundos y los soles.

El Estado y la Iglesia

«El Estado es muy cruel, y la Iglesia (entiéndase el clero que la dirige) todavía más cruel y despiadado; que en los Estados sometidos al Vaticano éste no influye más que para obtener riquezas ó imponerse por la fuerza, pero en manera alguna para el bien espiritual ni material de las sociedades.

Todos los abusos, todas las corrupciones é infamias, todas las explotaciones y crueldades, se han combatido aquí, no por la Iglesia, sino por los particulares á pesar de la Iglesia ó contra la Iglesia, bien avenida siempre con toda corruptela, y sin tener un consejo, una gestión ó un anatema para las mayores iniquidades, aunque no se descuida en influir, gestionar y anatematizar hasta las mejoras y adelantos más indiscutibles cuando le producen una peseta de perjuicio.

Que sean cloacas los hospitales; que las cárceles sirvan de escuelas del crimen; que los presos sean conducidos en cuerda cruel é ignominiosamente; que los soldados sean, como en otros tiempos fueron, tratados a lo presidiario; que los manicomios sean inquisiciones, las escuelas establos, los maestros pordioseros y los trabajadores se mueran de hambre por las calles, la Iglesia no dirá una palabra mientras haya hermanas bien pagadas en los hospitales, capellanes en éstos, en los regimientos, en los barcos y en las prisiones; mientras cobren miles de duros los obispos y los canónigos, y las catedrales y los conventos sean espléndidamente sostenidos.

El Estado es cruel, la patria una madrastra ingrata que exige la sangre, el sudor, el dinero, fidelidad á prueba, una vida entera, y nada, absolutamente nada más que el aire respirable y el nombre de español, sin conceder ni aun el derecho á casarse, á tener hijos y á ser enterrado, porque estas cosas tan necesarias, tan debidas, también las vende. Herido en batalla, mendigaréis de puerta en puerta; muerto, vuestra mujer mendigará ó se prostituirá; inútil para el trabajo, después de una vida honrada que hizo ricos á muchos, no tendréis derecho ni al agua ni á una sepultura. Esa es la Patria.

Pero la Iglesia ¡ah! la Iglesia es mucho peor y más avara. El Estado es el mundo, el enemigo del alma, lo humano, lo carnal; la Iglesia, esto es, el clero representa á Dios, todo lo bueno, lo grande, lo consolador; la caridad, la justicia, la verdad, la guerra al mal, y, sin embargo, mientras dice que sin el bautismo no hay Iglesia posible ni salvación para el alma y así el bautismo es necesario, no os dará ese sacramento; os lo venderá cuanto más caro pueda.

El matrimonio es igualmente necesario; sin él no hay sociedad cristiana; es también un derecho; pero la Iglesia, después de ponerle infinitas trabas, sólo amovibles por dinero, por dinero venderá el matrimonio, lo mismo cuando todos le pagaban diezmos, que cuando el gobierno le da el presupuesto al clero.

La Iglesia siempre se cree detentada y mal pagada, con derecho á compensarse esquilmando al pueblo del modo más tiránico.

Por ser cruel, lo es con sus mismos sacerdotes; ya lo hemos visto; si dos de ellos no hubieran fundado un hospital y hubieran dejado fondos para costear entierros, aún se morirían de hambre los clérigos pobres por las calles ó enterrados en los hospitales y serían enterrados en la fosa común, como suelen serlo allí donde ninguna fundación particular lo impide, ó aquí no pocas veces, cuando el enfermo no quiere ir al hospital de presbíteros ó no sabe que existe.

Aún el Estado, con ser lo que es, ha mirado por el clero, procurando reducir su número; por la higiene, reglamentando los entierros; por el derecho, estableciendo recursos de fuerza; tiene fondo de calamidades, beneficencia oficial, mala ó buena, y otras muchas instituciones: la Iglesia nada; todas esas mejoras se han hecho sin ella ó contra ella.

Y las instituciones caritativas creadas por sacerdotes ó católicos, esas que no se las atribuya; son todas una protesta contra su sordidez, suplemento que hace el particular, sacerdote ó no, pero no como tal sacerdote ó creyente, sino como hombre irritado al ver la pasividad egoísta de la Iglesia ante males que podía remediar, pues le sobran recursos, y no lo preocupan, aunque no tiene en el mundo otra misión que impedirlos. Todos los que fundan esas asociaciones son almas grandes que han enmendado la plana á la Iglesia haciendo por sí lo que ella deja de hacer y arrojándole á la cara la ignominia de no haberlo hecho.

Y como de la Iglesia, sociedad eminentemente rutinaria, ya no se puede esperar cosa mejor sino peor, cada vez peor, crece por momentos el número de los españoles fieles católicos, ó disidentes ó incrédulos, que aspiran á verla sustituida por otra iglesia que, cumpliendo su misión tenga aquí razón de ser y derecho á nuestros respetos.

Por aquí van las corrientes, y pronto se realizará algún acto que dé qué pensar á la gente de Roma.

Tendremos á nuestros lectores al corriente de este importante asunto.

El cura de San Lucas

Sobre todo, en asuntos religiosos era una potencia. Ya podían darle moribundos impenitentes ó simplemente fríos; él los calentaba y persuadía con su sencilla oratoria, en términos de que no se le escapaba ninguno. Ese mismo abogado, á quien se aludía antes, doceañista y casi ateo, aunque hombre de rectitud y de fibra, enfermó una vez con peligro de muerte. El cura de San Lucas se presentó en su casa, con la pretensión de habírsela á solas.

—¿Viene usted á fastidiarme?—le dijo trabajosamente el enfermo.

—Al contrario—respondió el cura;—vengo á facilitarle á usted que haga lo que se le antoje, evitando que otro le moleste con sus visitas.

—¿Y cómo es ello?

—Pues nada; usted seguirá creyendo lo que quiera, pero como de seguro no quiere el escándalo, impropio de un hombre de las condiciones de usted, ahora salgo y digo que se ha confesado; voy á la parroquia por la Eucaristía y usted la recibe ó no; para mí es lo mismo; el pueblo aplaude y los devotos se tranquilizan; ¿qué va usted perdiendo en esto?

—Pero, señor cura!—exclamó el paciente incorporándose en la cama con ademán airado:—¿por quién me toma usted á mí? ¿Me cree usted capaz de una superchería semejante? Primero me allano á que haga usted de mí lo que quiera.

—Pues ¡de rodillas, penitente!—gritó el sacerdote con voz de mando—y á depositar en mí oídos sus culpas y su arrepentimiento.

Debí decir el cura estas palabras con tan eficaz energía, que el enfermo se abrazó á su cabeza permaneciendo largo rato en comunicación con él. En seguida fué absuelto, y poco más tarde trájole el párroco solemnemente la sagrada Forma, que el moribundo recibió confrío entre el asombro de cuantos

le rodeaban.—Al salir del aposento, y antes de entonar el *Te Deum laudamus* del ritual, hubo quien le oyó decir al cura:—«¡Pues no hubiera faltado otra cosa!»

Campañas de esta especie se le presentaban al bondadoso sacerdote todos los días. Habíalas de diferentes clases, como, por ejemplo, la que le promovió una antigua sirvienta de la mayordoma de Animas de la parroquia. Era esta última una mujer entrada en años, de sangre azul y tostados pergaminos, más rica de vanidad que de bienes, autoritaria y casi despótica con sus inferiores. El cargo que desempeñaba en la iglesia la hacía grande amiga del párroco, aunque con la distancia propia de quien venera al ungido muy por encima del hombre. La viuda del mayorazgo, que así se le decía en la población, echaba de menos que el señor cura no fuera de clase; pero aun así las ánimas benditas y las múltiples virtudes les unían en una especie de sagrado consorcio.

Sucedió, pues, en casa de esa señora, que al cabo de más de cuarenta años de servirle lealmente, puso en la calle á la que cuando niña la dió el pecho y que durante casi medio siglo fué más que su sirvienta su esclava. Era de ver la pobre vieja asida á las manos del cura cubriéndolas de besos y de lágrimas, implorando con ayes angustiosos su protección en aquella catástrofe. El cura, impresionado, en efecto, corrió casa de la mayorazga á poner paz; pero ella, con malos modos, le salió al encuentro diciéndole:

—¿Viene usted ya á tomar parte en los chismes de esa bribona?

Porque todo el que va á hacer un bien en casa ajena es, ordinariamente, mal recibido. El cura, sin embargo, que conocía á la señora, replicó con calma:

—Ni esa infeliz mujer es una bribona, ni los dolores del corazón pueden ser chismes. —Pues yo soy la dueña de mi casa, y hago en ella lo que quiero.

—Es que el dueño de una casa no está autorizado para hacer en ella lo que quiera, sino lo que deba. ¿Por qué despidió usted á esa anciana?

—Por ladrona.

—¿Imposible! ¿Ella robar! ¿Qué es lo que ha robado?

—Cinco duros en oro de ese cajón.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¿Es la primera vez?

—La primera, que yo sepa, en cuarenta años.

—¿Pero no me tiene usted dicho, señora, que nunca ha cobrado su salario entero, y que le guarda usted casi un capital? ¿Cómo se comprende entonces...?

—No se venga usted con argumentos especiosos, señor cura; está confesa y convicta. El sacerdote se dirigió en ademán interrogante á la pobre vieja, que de rodillas y anegada en llanto se asía á los vestidos de su señora, y la oyó expresar confusamente estas palabras:—«¡Tiene razón, tiene razón!»

—Pues ahora—dijo el cura revistiéndose de ese carácter que empleaba en casos difíciles—ya no me conformo con lo que aquí se ha hablado; necesito explicaciones concretas. ¿Ya no soy amigo, no soy clérigo; soy juez!

La viuda del mayorazgo, sobrecoyida por tan severa actitud, se prestó á referir lo que había ocurrido. Aquella vieja estúpida tenía un nieto á quien había dado en amar, como si el muy bribón se lo mereciese. Todas las cantidades que deducta de sus ahorros eran para el nieto, el cual se hizo haragán, pendenciero, vicioso y endemoniado. En tal situación le tocó la quinta, y aún quería la abuela gastar 6.000 reales en redimirle la suerte; pero la señora se opuso, negándole el dinero. Consideraba ella preferible que lo dieran en el servicio del rey, y si esto se conseguía, á la vuelta encontraba un capital para hacerse hombre. ¡Los disgustos que les proporcionó el mozo mientras tanto! Llegó la hora de entrar en caja, y el quinto exigió con malos modos cinco duros para el viaje. La señora los negó también, porque temía que se gastaran en la taberna y se le declarase prófugo. Había que dejarlo ir á palo seco. La vieja lloró mucho, ¡era natural! Lo que no lo era tanto es que con abuso de confianza sustrajese del cajón de una cómoda, que sólo ella podía abrir, la moneda de oro que le entregó al nieto.

Concluido el relato que se extracta, el cura condujo á la señora á un gabinete próximo, cuya puerta cerró, y con tono solemne dijo:

—Hay que perdonar á esa mujer.

—¿Perdonarla?

—Sí, perdonarla. ¿Me tiene usted por hombre honrado?

—Como no hay otro.

—¿Me considera usted capaz de una acción semejante?

—Primero dudaría de mí propia.

—Pues bien, señora; yo llevo conmigo un torcedor que me amarga la existencia.

—¿Cuál?

—Una vez me encontraba en tan grande apuro de dinero, que saqué media onza del cepillo de las *ánimas benditas*.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO

LA MISERIA

«¡Ella hará la revolución! ¡Ella volverá lo de arriba abajo!», exclaman muchos españoles con una candidez que asombra, y aguardan á que esa profecía se cumpla.

¡Medrados estaríamos si aquí no ocurriera nada grande ni decisivo hasta que la miseria lo hiciera! Habría que renunciar á toda esperanza.

La prueba de que la miseria no ins-

pira grandes resoluciones, está en que España la sufre desde hace tantos años, y cada día está más aniquilada. Y es lógico. La miseria es postración de cuerpo, y por lo tanto decaimiento de espíritu. Y hombre decaído de espíritu y postrado de cuerpo, hombre muerto es.

Porque lo saben, procuran las clases privilegiadas mantener al pueblo en la miseria: material, intelectual y moral. Mientras lo consigan, ellas continuarán reinando.

Boer lo ha dicho:

«Si todas las ideas modernas, las ideas libertarias, todas las llamadas radicales, fuesen y hubieran hijas de la miseria, nunca hubieran engendrado hombres de carácter grande, corazones varoniles, seres atrevidos; jamás se hubiera hablado de sus mártires. La miseria sólo produce pordioseros.»

Tiene razón, tiene razón.

Preguntas y respuestas

El País ha inventado un *Averiguador*, del que copio lo siguiente:

«Se desea conocer el artículo de la Constitución en cuya virtud existen aquí los frailes, monjas y beatas cuyas órdenes no menciona el Concordato; y no sólo existen, sino que el gobierno trata con ellas como sociedades legales que tuvieran permiso de los respectivos gobernadores, aprobados por ellos sus reglamentos y en regla sus libros, etc., etc.»

El artículo de la Constitución no existe; pero lo suplía la hipocresía de los liberales, la cobardía de los demócratas y la devoción de los republicanos.

Cuando los pueblos dejan hacer á los gobiernos lo que les acomoda, sin protestar energicamente, se llega al vergonzoso estado en que está el de España: plagado de frailes y monjas contra ley y contra derecho.

«Un devoto aficionado á las antigüedades, desea saber cuántas caras de Dios, todas auténticas, hay entre España, Francia, Italia y Bélgica, y cómo siendo no más que tres los dobles del paño que usó Berenice (la Verónica) para limpiar el rostro del Salvador, uno de ellos perdido en el mar, el otro guardado aún en el Vaticano (y por tanto el más auténtico), los de Jaén creen tener una cara de Dios auténtica, y los de Alicante otra que no lo es menos. En la de Madrid ya no cree nadie, pero sí en las de otras ciudades del extranjero. ¿Qué hay de esto?»

A esto no puedo contestar, porque, con vergüenza lo confieso, no me he ocupado nunca de cosas divinas, si bien me permito el lujo de asegurar que ninguna puede ser auténtica.

Y me fundo, en que he hecho varias experiencias limpiando con diversos lienzos de distinta urdimbre, desde la más fina á la más bruta, el rostro de varias personas empapado en sudor y chorreando sangre de pollo recién sacrificado, y la verdad, no he conseguido otra cosa que manchar la tela.

Me hubiera guardado muy bien de hacerlo, si lo que hizo la Verónica pasara por milagro; pero admitiéndose el hecho como natural y sencillo, no me ha parecido pecaminoso hacer por mí mismo la experiencia, para convencerme de lo que ya estaba bien convencido, esto es, que no hay ni una sola cara de Dios auténtica.

EN LA SACRISTÍA

(CUENTO BATURRO)

—¡Buen día, mosen José.

—¡Hola! ¿Qué te traes, Perico?

—Fus traigo este *pequeñico*

pa que lo bautice usted.

—¿Y qué nombre se le pone?

—Tigre.—¿Tigre? Tú estás malo.

—Pus yo Tigre *hi de llamalo*.

—En fin, que Dios te perdone.

—Tigre ha de ser ¿eh?—¿Qué empeño!

Pero hombre, ¿se te figura...?

—Nada, nada, señor cura,

si sí, si me llevo al *pequeño*.

—¿Y por qué esa obstinación que luego al chico denigre?

—Razón tengo.—¿Qué razón?

—No se llama el Papa *Lion*?

—Sí.—*Gueno*. Pus éste, Tigre.

RAMÓN L. MONTENEGRO

CONTESTACIÓN

La Reforma, periódico de Ouenca, sale á la defensa del lectoral Orea por lo que EL MOTIN dijo en su número correspondiente al día 22 del pasado Abril.

La defensa parece dictada por el propio acusado, el único responsable, legal y moralmente, de la distracción, ó mala distribución de los miles de duros confiados á su custodia, de la fundación de escuelas en Caudete y Camporrobles.

El es el que jurídicamente debe reponer á la fundación el capital ó la renta que por su causa haya mermado, separándose de la marcha seria y honrada que siguieron los anteriores patronos y dignos obispos Valera y Torrijos, en cuyos tiempos se acrecentó el capital impuesto, dejando además ahorros considerables.

Ahorros que han desaparecido, y que han de reponerse, pese á quien pese, pues estamos dispuestos á poner en juego todos los medios con que contamos, y que son muchos y poderosos, para que nadie se utilice de lo que no es suyo, torciendo las miras del fundador de ese patronato.

Si las escuelas costaron 40.000 pesetas ó 40.000 duros, no es el patrono actual quien lo ha de decir; lo dirán en su día los encargados de la inspección que ya se prepara por quien corresponde.

Y para fijar bien los términos de la cuestión, reproduciremos estos datos:

Por disposición de don Felipe Antonio Martínez de la Mata, se impusieron en el Banco de San Fernando doce acciones con los números 3922 al 33; y como se aumentaron con el duplo y cuarto más las correspondientes de aumento á cada grupo de cinco, y las adquiridas son las que tiene la fundación para sus cargas de instrucción, ó sea el pago á los maestros, queda demostrado que no es cierto lo que expone el autor del artículo, y que, quien le haya suministrado esas noticias, lo ha hecho con el propósito de oscurecer la verdad; pero á bien que las escrituras de fundación y otros datos que poseemos, la harán brillar con luz bien clara.

Y repetido esto, para que no se olvide, diré al articulista, que es *absolutamente cierto* lo de que el actual lectoral de Ouenca, don Juan Orea, ha cobrado en el Banco de España, sin tener personalidad para ello, pues que sólo la tiene el cabildo de curas, que es el patrono de las escuelas, la cantidad que en el ya citado número decíamos, cantidad que se repartió, sin llegar, al menos que nosotros sepamos ni un ochavo al punto que debía, para ser aplicada á los fines de la institución.

Como el señor Talavera, que suscribió la denuncia sobre estos hechos presentada en el ministerio de Fomento, está ausente de Madrid, no decimos más por hoy. Cuando regrese, él contestará cual se merece el artículo de *La Reforma*, ya que está perfectamente enterado de lo ocurrido en ese y otros chanchullos perpetrados por algunos santos varones que diariamente se ponen al habla con Dios.

Y respecto á la otra persona que cree ver el lectoral Orea detrás de este asunto, únicamente sentimos que no intervenga en él; pues tales datos se nos ha dicho que posee y tan bien conoce el paño, que es de lamentar no se ponga al habla con nosotros para ayudarnos á desenmascarar á muchos señores que figuran en la alta gerarquía eclesiástica, y que, tratándose de ochavos, se olvidan de su gerarquía, de lo que se deben á sí propios como hombres, y hasta de ese mismo Dios que diariamente dicen que baja á sus manos.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada.

Para los suscriptores á EL MOTIN á 10 céntimos, cargándoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

Ruego á don Santiago Utrilla, párroco que ejerce en la provincia de Soria, que se sirva decirme si existe por aquellos contornos uno de su oficio del que se dice que está en íntimas relaciones con don Baco y con doña Venus, y que es furiosamente aficionado al juego de pelota.

A fines de Marzo estuvo en el pueblo de Lahina con motivo de la fiesta, y despojándose del hábito echó un partidito, lo cual no es muy censurable, mas sí el que, siéndole contraria la suerte, comenzase á blasfemar como un hombre, escandalizando á los sencillos de corazón.

Cuando me diga usted quién es, si lo averigua, le indicaré algo de lo que se murmura sobre la existencia de prole, etc.

Rogándole que me dispense por esta molestia que le causo, quedo á sus órdenes como admirador de sus públicas virtudes.

DEVOTO ESCANDALIZADO

Señor director de EL MOTIN: Muy señor mío: Sumido en mil pensamientos y haciéndome un sinnúmero de reflexiones diversas, acabo de llegar á mi casa de regreso de la estación del ferrocarril. Más de novecientos peregrinos portugueses, acudidos por los de la sotana morada, acaban de entrar en esta capital, convirtiéndola en una especie de oasis en su largo viaje á la capital del orbe católico.

Músicas, cohetes, el Ayuntamiento y demás autoridades, y otros agasajos propios de los grandes acontecimientos, todo, absolutamente todo se había previsto para recibir *dignamente*, como oí decir, á los religiosísimos viajeros. Y como ha coincidido su llegada en domingo, inútil será que le manifieste, que una ciudad tan devota como esta, se despolió.

Immensa muchedumbre invadía todas las avenidas, agolpándose en derredor de una especie de iglesia campestre que los jesuitas habían establecido en un paseo inmediato.

¡Qué regocijo! ¡Qué de ir y venir de los Loyolas, deshaciéndose en cumplidos y reverencias para con los *ilustres* huéspedes lusitanos, haciendo de paso sus extravagantes coquetías delante de señoritas portuguesas y españolas!

Pero el Hacedor no debió ver con muy buenos ojos tan infame algarabía, cuando al poco tiempo de apearse aquella especie de batallón mixto, cayó un chaparrón que de seguro creían los labradores que era maná, pero que á los organizadores de la idea maldita la gracia que les hizo á pesar de que predicaban la conformidad con la voluntad de Dios.

Sin embargo, como en este mundo no hay imposibles, inmediatamente *ahuecaron* de allí, *metiendo* á los viajeros en el Seminario,

donde pasaron al refectorio tras una *lata* y sentida oración de un mercenario, de la cual ni Dios se enteró, aunque merced á sus sanotes pulmones retumbaba su voz como un trueno, al berrear.

¿Y qué de chuletas, solomillo, magras de ja-món y otras frusterías vi pasar delante de mi vista, para obsequiar á aquellas gentes?

En fin, me pongo nervioso sólo con pensar estas cosas y no quiero continuar. Fíjese usted lo demás.

Pero no acabaré sin decir:

¿Y que la Iglesia predique constantemente el ayuno, la humildad y la conformidad con la voluntad divina, y que estos (falsos peregrinos), se hagan anunciar para que los reciban solemnemente, y les llenen la andorga de carnaza, y porque á Dios le ha parecido bien aguar la fiesta, los del fígón negro se hayan visiblemente contrariado!

¿Y que durante las últimas campañas, marchasen solos, completamente solos al degolladero los infelices pero alegres soldados, sin más compañía que la de algún chiquillo que acudía por mera curiosidad, y ahora, en cambio, todo el pueblo acude como una columna para agasajar espléndidamente á los que traen ahito el estómago de engullir y admirablemente prevenida la cartera! Vamos, esto subleva el ánimo del más apocado y hace perder la fe á quien la tiene, como este servidor... ¡Porqué negarlo! No estoy conforme con algunas ideas de usted; cada cual piensa como le da la gana; pero lo que he visto hoy y lo que veo continuamente, créame, señor director, me indigna.

UN CRISTIANO QUE ODIA AL CLERO
Burgos, 13 Mayo 1900.

Pensamientos ajenos

«No hay hombre, por poderoso que se crea, que tenga suficiente valor para afrontar el unánime desprecio de la sociedad; no hay quien pueda vivir sin sentirse apoyado cuando menos por el asentimiento y la estimación de una parte de ella. Se necesita estar animado por una convicción grandísima y sincera, para que un hombre tenga valor de hablar y obrar contra la opinión de todos, y jamás un hombre depravado, mezquino y cobarde, teudrá semejante valor.»

Este pensamiento de Bakounine me obliga á exclamar:

¡Cuántos cobardes, mezquinos y depravados no habrá hoy en España, cuando son tan pocos los que tienen el valor de hablar y obrar contra la opinión de todos, en asuntos de religión especialmente!

Nadie cree en nada, y todos se guardan de decirlo, por temor á que le echen encima la nota de impío, sin tener en cuenta esta gráfica observación de Diderot:

«Oigo en todas partes condenar la impiedad. El cristiano es impío en Asia, el musulmán en Europa, el papista en Londres, el calvinista en París, el jansenista en el alto de la calle de Santiago, el molinista en el fondo del barrio de San Medardo. ¿Qué es, pues, un impío? ¡Lo es todo el mundo, ó no lo es nadie!»

Leo en un colega:

«En la anterior semana salió de Jerez la madre Sor Ventura, verdadero ángel de blancas tocas, de veintiocho años, buen palmito y hermosos ojos negros, que estaba en el Hospicio provincial de Jerez encargada de la cocina.»

Parece que va para ser madre superior en otro establecimiento benéfico.

Todos los asilados han sentido mucho la ida de Sor Ventura, especialmente el joven cocinero, á quien ha enseñado mucho y bueno, en su difícil arte, en el tiempo que lo ha tenido bajo su dirección.»

¡Felices los que, al marcharse de un punto á otro, dejan tan hermosos recuerdos!

NUEVA EDICIÓN

CÉLEBRE CONFERENCIA

DE

MR. LEON TAXIL

DADA EN EL SALÓN DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA

DE PARÍS

Precio: 25 céntimos.—Para los suscriptores de EL MOTIN, 15.

OBRAS NUEVAS

DIOS PATRIA Y REY

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

—

IOJO AL CRISTO!

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

—

EN PRENSA

Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO

JUQUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Precio de cada uno: 1 peseta.—Para los suscriptores á EL MOTIN, 50 céntimos.

MADRID—IMPRENTA, ENCARNACIÓN, 4.